



tantemente en botánica y zoología, y formulada así por Decandolle: «El área media de las especies (vegetales) disminuye en razón de lo completo, desarrollado, ó dígase perfecto de la organización que es propia de la clase ó grupo superior á que pertenecen.» Esta ley se observa igualmente en zoología, según aseguran los sábios más competentes, y no es difícil observar, al menos en los géneros de organización más complicada. «A partir desde los insectívoros y quirópteros, dice Vilanova, los géneros se localizan cada vez más, llegando á la mayor limitación posible en los *primates* ó monos, cuyo tipo no se halla representado en una gran extensión de ambos continentes y en la mayor parte de la Oceanía. Y aun dentro del mismo tipo, ningún género de monos es común al antiguo y nuevo continente... Ahora bien: nadie negará, y menos los poligenistas, que la organización del hombre es por lo menos tan perfecta como la de los monos, y en su consecuencia falta á los más sanos principios de la lógica, si para él solo admite una área, cuyos límites son los de la tierra misma, á menos de considerarle como un caso enteramente aparte, único y excepcional.

»Y si estas consideraciones las aplicamos á los primates antropomorfos, la circunscripción es todavía mayor, siendo su área tan sumamente reducida, que ninguno de los cuatro ó cinco géneros que los representan es común al Asia y Africa, ni ocupa tampoco toda la parte del mundo que habita. Así el chimpancé y el gorila se encuentran exclusivamente en las regiones occidentales del Africa tropical, el gibbon habita la India y alguno de los grandes archipiélagos; observándose una coincidencia singular entre la mayor extensión del área de este respecto de la de aquellos, con una degradación evidente en su organización. El orangutan, que es más perfecto, hállase reducido á Java y Sumatra, circunscripción tanto más notable, cuanto que se refiere á los seres más análogos al hombre; pudiendo preguntar con razón á los que pretenden darle una descendencia suma, cómo compaginan el área cosmopolita del hijo con la tan limitada de sus padres ó ascendientes. Esto, aun colocándose bajo el punto de vista poligenista, sería hacer de la especie humana una excepción que nada justifica.» Fácil es deducir de aquí que el área primitiva de la especie humana, ó su centro de creación, debió ser aún más reducido, por más que luego se haya hecho cosmopolita, en virtud principalmente del uso de su inteligencia, con la cual ha sabido acomodarse á todos los climas. Y supuesto un reducido centro de creación, todas

las probabilidades están por la de una pareja única, pues al fin no se comprende su origen sino por la voluntad de Dios, y Dios no hace nada superfluo, como lo sería la creación de muchas parejas humanas sin necesidad.

Como el asunto es interesante, seguiremos copiando á Vilanova: «Pasando luego Decandolle á considerar la distribución de los seres en general, dice: «Entre dos centros distintos de creación, por extensos que sean, sólo se encuentran muy contados géneros, y aun menos especies comunes, siendo estas diferencias tanto más pronunciadas, cuanto más superiores son los grupos en que se consideran.» Y sin embargo de ser el hombre el más perfecto de todos los animales, se quiere que forme una excepción única y sin razón de ser, siendo cosmopolita, y admitiendo sólo por la intransigencia del sistema adoptado, —mejor diría por atacar á la Biblia, — tantos centros de creación cuantas son las razas existentes. Los poligenistas, pues, que admiten la universalidad de las leyes naturales, y que aceptan en consecuencia la sumisión del hombre á dichas leyes, no pueden menos de admitir, á no faltar á las reglas de la lógica, el *cantonamiento primitivo* del que ellos llaman género humano, cualquiera que sea el número de especies que en él admitan. Por otra parte, es de notar el corto número de especies que cuentan los géneros de monos antropomorfos: se discute aún si el orangutan ofrece más de una; Chaillu cree haber encontrado una segunda especie de chimpancé, y es dudoso que el gorila tenga más de una. Y cuando esto se observa en los monos más cercanos á nosotros, ¿no es incurrir en una palmaria contradicción, ó hacer del hombre una excepción única, que nada justifica, el crear para él muchas especies? Si, pues, la hipótesis de varios centros de creación para el hombre es incompatible, aun considerada con el criterio poligenista, con los hechos generales de la distribución geográfica de los seres, con mayor razón debe esta idea rechazarse por los monogenistas, pues la circunscripción primitiva de la especie humana es una de las consecuencias que trae consigo el hecho mismo de su unidad. Precisamente porque el hombre es un ser privilegiado entre todos, aun bajo del punto de vista orgánico, ha debido aparecer en un centro único de creación, del cual puede decirse que fué el rasgo característico y particular; centro que no debió ser más extenso que aquellos en que se encuentran hoy el gorila, el orangutan y el chimpancé.

«Tal es la conclusión, dice Quatrefages, que deben admitir todos aquellos que no quieran hacer del hombre un ser organizado y viviente



excepcional. Entra luego el mismo en consideraciones que tienden á determinar ese primer centro de la humanidad; y á pesar de reconocer que hoy por hoy es imposible dar solución satisfactoria á este problema, opina que algunos hechos permiten conjeturar con bastante probabilidad, que dicho punto debe ser alguna parte del Asia, no lejos de la gran cordillera del Himalaya. Con efecto, al rededor ó en las vertientes de esta se encuentran los tres tipos fundamentales de la especie humana, enlazados por tránsitos que revelan, ó la fusión de las razas entre sí, ó modificaciones determinadas por condiciones climatológicas muy diferentes. Allí mismo se encuentran los lenguajes más diversos, pasando también los unos á los otros, y representando las tres grandes divisiones lingüísticas universalmente admitidas. Por otro lado, las especies animales cuya domesticación data de más antiguo, son, según Geoffrey St-Hilaire, originarias del Asia, desde donde el hombre las trasportó á todos los puntos del globo donde hoy se encuentran. Por último, la historia nos enseña que la raza *aria*, una de las principales ramas de la *blanca*, procede de allí; y si consultamos los sobrados vagos recuerdos que se conservan acerca de la emigración de los pueblos, casi siempre los vemos diverger en direcciones que claramente indican ser dicha cordillera y sus estribaciones el punto de irradiación de la humanidad.»

Probada la probabilidad de la descendencia de todos los hombres de un centro único, y aun de una sola pareja, todavía restan ciertamente algunas lagunas que llenar y algunas dificultades que vencer; pero en todo caso es imposible probar lo contrario.

El estudio de las lenguas ayuda igualmente á nuestro fin. El mismo Pott, hegeliano como es, confiesa que nada dice contra nuestra tesis el estudio comparativo de las lenguas. Y es muy de notar que los grupos de estas no concuerdan con los de las razas. Así, cuando Vogt afirma que «los grupos de las lenguas marchan en general paralelos con el desenvolvimiento físico de las razas, ó que hay tantas lenguas-madres como razas primitivas,» no hace más que mostrar su ligereza. Pott, infinitamente más competente, halla esta aserción puramente arbitraria, tanto más, dice, cuanto que «aún no se nos ha podido decir á los lingüistas cuántas razas primitivas hay.» De los tres tipos de lenguas que generalmente se admiten, á veces pertenecen dos á una sola raza, como el indo-germánico y semítico á la caucásica; otras veces el mismo tipo de lenguas comprende pueblos de razas distintas, como el turanés

ó turiano, al que corresponden, fuera de las lenguas arianas, semíticas y china, todos los demás idiomas de Europa y Asia; por consiguiente, desde el de los húngaros, turcos, mogoles, jakutos, esquimales, manchues y tártaros, hasta los malayos, siameses y polinesios. Los más chocantes contrastes fisiológicos y craneoscópicos se compaginan con lenguas afines. El habitante de la Nueva-Zelanda y los drawidas de la India Septentrional, como las tribus del interior del Africa y los bereberes del Norte, pertenecen á las mismas familias lingüísticas. «Todo ensayo, dice Max. Müller, que se propusiera hacer concordar la clasificación de razas y de lenguas, debe fracasar necesariamente.» Otra razón es esta que hace imposible, bajo el punto de vista lingüístico, la hipótesis de los aborígenes.

Por lo demás, la experiencia diaria y los estudios geográficos nos dicen que hay una relación de causa y efecto entre la decadencia intelectual y la división de las lenguas. Cuanto menos civilizado es un pueblo, mayor es el número de sus idiomas; ejemplo de ello es la isla de Timor, donde se hablan más de cuarenta, y los canibales de Borneo, que tienen más de ciento. Si de estos hechos, muy numerosos, podemos concluir algo respecto á la especie entera, hallaremos la causa de la división de las lenguas en la ruptura de los lazos religiosos y sociales; lo cual, aunque sea dicho de paso, confirma la narración bíblica, que atribuye al oscurecimiento y olvido de la noción de Dios, la dispersión de los pueblos y las lenguas y el origen del paganismo y de los mitos. «La unidad que precedió á la dispersión de la especie humana, dice Schelling, debió tener una causa positiva; nada era, en mi opinión, más propio para mantenerla, que el conocimiento de un Dios único, común á toda la humanidad.... Esta división de los pueblos arrastró detrás de sí la de las lenguas, y debía por consiguiente haber sido precedido de una crisis moral é íntima del hombre.» Herder decía igualmente que no bastan las emigraciones de los pueblos, con las otras causas de variedad, para explicar la diversidad de las lenguas, y que es preciso que haya pasado algo positivo que separara violentamente todas aquellas cabezas. A. Humboldt y Pott observan que, á medida que avanzan los estudios lingüísticos, aparecen relacionados gran número de idiomas que aparecían totalmente diferentes, y que el número de los grupos establecidos tenderá siempre á disminuir. Y Max. Müller, una de las primeras autoridades en la materia, dice: «La narración mosaica indica entre ciertos pueblos



afinidades que la antigüedad jamás había podido explicar (Génesis, cap. X). Romanos y griegos, á pesar de su avanzada cultura intelectual, nunca habían sospechado que fuesen más próximos parientes de los arios y germanos que de los habitantes de la Siria y de Tyro. Pues bien: las investigaciones de nuestro siglo han confirmado las declaraciones de los libros santos: jonios, arios y germanos, proceden de una fuente comun.

«Antes que los antepasados de los indios y persas se hubieran dirigido hácia el Sur, y las colonias griegas, romanas, célticas y teutonas hacía las costas de Europa, existía probablemente una nacion ariana fija en las altas llanuras del Asia, hablando una lengua que no era todavía el sanscrito, ni el griego, ni el alemán, pero que contenía los gérmenes de todas estas lenguas, familia que invocaba al Dispensador de la luz y de la vida bajo el mismo nombre que se puede oír en los templos de Benarés, en las basílicas de Roma y las catedrales de Alemania.» Lo mismo dice Pott, añadiendo que las lenguas indo-europeas y semíticas no han llegado á hacerse tan extrañas una á otra, que sea imposible encontrar una afinidad antigua entre las dos razas; lo mismo confirma la autoridad de Ewald, Jüst, Wullner, Burnouf, Steinthal, etc.

Müller é Hitzig han intentado probar el parentesco de los grupos turánico, semítico y ariano, tanto por la forma como por el fondo. Las ciento veintitres lenguas que contaba Balbi para el Asia en 1826, quedan reducidas ya por Klaproth á veintitres. M. Müller no admite más que cuatro lenguas-madres, de que se derivan los cincuenta y tres idiomas de Europa indicados por Balbi, y los de la Australia, evaluados por Balbi en ciento diez y siete. El mismo autor cuenta en América ciento veintitres lenguas que presentan entre sí, y también, según los más, con el grupo turánico, numerosas señales de parentesco, que el progreso de los estudios va probando cada vez con mayor evidencia. «Parece, dice Steinthal, que el estudio comparativo de las lenguas confirma más y más cada día, que todas las que tienen analogía entre sí, se derivan de una lengua-madre hablada en tiempos prehistóricos. Y aun se puede decir que la cuestión sobre si todas las lenguas de Europa, Asia y parte del Africa proceden de una fuente comun, está siempre pendiente.»

Barthelemy Saint-Hilaire se expresa más formalmente aún: «La relacion entre la idea y el vocablo no se explica claramente sino en un corto número de sonidos onomatopéicos. Las

más de las veces esta relacion es inexplicable, y hay que aceptarla como un hecho, más allá del cual nos es imposible penetrar. En el fondo, es la cuestión que se proponía Platon en el *Krattilo*. La conveniencia de las palabras con las ideas del espíritu ó con la realidad de las cosas, no existe en sí, pues que cambia con los pueblos, y sin ellos saberlo. Hay aquí una oscuridad que la razon no podría disipar, y que puede mirarse como divina. La única afirmacion permitida en estas tinieblas inextricables, es que los hombres que primeramente impusieron los nombres, necesariamente debieron ser muy pocos. Ellos ejercieron una especie de legislacion exclusiva, y á ménos de volver á caer en el sistema insostenible de las convenciones, hay que admitir que los primeros inventores del lenguaje, los padres de la palabra primitiva, trasmittieron su descubrimiento á su derredor y entre sus descendientes, sin que fuese más discutida que ahora lo es la lengua recibida y hablada por los niños en la familia en que la suerte les hizo nacer. Voy aún más lejos, y digo que la invencion del lenguaje por una sola pareja, se comprende mucho mejor que por un número, aun pequeño, de individuos. Al ménos no había confusion posible; y el hombre, naciendo adulto, ha formado su lenguaje y le ha trasmittido á su posteridad como trasmittía la vida. Tenemos, pues, que también la solucion del Génesis me parece aquí la más racional con mucho... La unidad del hombre, inventor de la palabra, no es ménos indispensable que su adolescencia y su perfeccion inicial.»

Repetimos que la lingüística no puede probar esto de una manera concluyente, y que la solucion completa de esta cuestión hay que buscarla en otra parte; pero sobre no poder probar nada en contrario, y aunque probara que las lenguas han tenido orígenes diversos, no se seguiría necesariamente que también los habría tenido la humanidad; porque si consideramos al lenguaje como natural al hombre, habría podido muy bien desarrollarse en tiempos y lugares diferentes entre los descendientes dispersos de un solo par; y si es considerado como una invencion artificial é ingeniosa, sería mucho ménos difícil de concebir que cada generacion subsiguiente hubiera inventado su propio idioma.

Y no pudiendo concluir nada definitivo las ciencias naturales y antropológicas en la cuestión presente, por más que hagan probable, como hemos visto, la unidad primitiva de la especie humana procedente de un solo par, no vemos razon alguna para no acudir á las tradiciones de la humanidad, y singularmente á



aquellas que son más claras, más autorizadas, y sin contradiccion más auténticas. Debemos, pues, acudir á nuestro Génesis, á quien tanto corroboran las ciencias mejor estudiadas y las tradiciones universales mejor comprendidas; á lo ménos nadie tiene hoy en día derecho para desmentirle, ya que no quiera descansar en su autoridad.

Poco puede sacarse cierto y seguro de la narracion mosaica acerca de la distribucion de los hombres antes del diluvio, si no se quiere tomar á la letra lo de que pereció toda carne, desde el hombre hasta las bestias, en toda la tierra, en lo cual no había dificultad alguna, ni teniendo en cuenta los cálculos de poblacion, ni la posible universalidad del diluvio, que pudo ser provocado por algun alzamiento repentino del suelo del mar, lo que habría dado lugar á hundimientos correlativos y producido en consecuencia un trastorno universal por inundaciones marinas en unos puntos y torrenciales en otros, bastantes á extinguir la humanidad entera, aunque estuviese ya extinguida por toda la tierra. Pero despues del diluvio nos da la Biblia noticias preciosas acerca de las emigraciones de los descendientes de Noé, que si bien incompletas probablemente, y oscuras de seguro en algunos casos, son asombrosamente ciertas en todos aquellos en que la ciencia moderna ha llegado á ver claro. La brevedad de la narracion, decía Herder, es una señal de su verdad; y J. Müller tomaba este capítulo del Génesis (el X) como el punto de partida de la historia. Allí se supone, y todos los datos lo confirman, que las altas regiones y llanuras del Asia occidental entre el Caspio y el Golfo Pérsico, el Mediterráneo y las vertientes del Himalaya, fueron el centro de emigracion de los pueblos. «Todo nos lleva á colocar, dice Renan, el Eden de los semitas en la separacion de aguas del Asia... donde se encuentran los más antiguos recuerdos;» y lo que dice del Eden debe también entenderse, y con más razon, del centro de habitacion de los hombres postdiluvianos. «En ninguna parte, dice Burdach, se encuentran, aun en nuestros días, las tres razas principales humanas tan cerca una de otra como en la India,» adonde fácilmente se fueron bajando, y sabemos de cierto que fueron los arios conquistadores de otra ú otras razas que se les habían anticipado. «Todo induce á creer, dice Grimon, que Europa no tuvo aborígenes, y fué poblada poco á poco por los emigrantes del Asia.»

Segun Lassen, el zodiaco fué inventado por los caldeos, de quien le tomaron griegos é indios; pero estos sólo en el siglo IV de nuestra era. Los pesos y medidas de los antiguos procedie-

ron de Babilonia, y el Génesis nos dice que las primeras ciudades se levantaron en Mesopotamia. Diodoro refiere que Hermes, inventor de los pesos y medidas, salió del Egipto y comunicó su invencion á todos los pueblos; lo cierto es que todos los antiguos tenían un sistema comun de medidas, procedente del mismo origen. Los chinos conservan una tradicion, según la cual sus abuelos llegaron por el Noroeste, atravesando las montañas de Chemsí, único camino para ir desde el Irán y Mesopotamia, y es sabido cuánto se extendieron en sus expediciones marítimas. Los griegos se creían aborígenes, pero «las creencias de los pueblos situados al rededor del Mediterráneo (fenicios, griegos, y etruscos en particular), proceden todos del Egipto; y la poblacion de este país se verificó por el istmo de Suez. La religion y el arte de los griegos, como también el de los etruscos, vinieron de Egipto, Asiria y Persia. Los alfabetos proceden todos de una sola fuente, ó del fenicio inmediatamente, ó como este, de los jeroglíficos egipcios.»

Los pueblos de la América y Australia han conservado las tradiciones de sus mayores venidos del otro lado de los mares. Sabido es que los normandos llegaron al Norte de América siguiendo las costas de la Islandia y Groenlandia en la Edad Media; y que los esquimales se adelantaron en sus canoas hasta Nomega y aun hasta el Pacífico. «Las relaciones entre la raza americana y la mongola, dice Humboldt, se manifiestan, sobre todo, en el color de la piel y de los cabellos. No hay en la especie humana dos razas que se parezcan más que los americanos y los mongoles, los manchues y malayos.» Las grandes semejanzas en el arte de construir y en gran número de usos, costumbres y tradiciones, no permiten duda sobre esto; y el mismo Humboldt tiene por idénticos en su origen á todos los americanos, á excepcion de los que habitan el círculo polar. El mismo Humboldt, comparando la multitud de tribus que vagan por el Nordeste de Asia y el interior, los negros de Africa y las diversas tribus americanas, juzga necesario reconocer un tipo único, y su antigua comunicacion la deduce de porcion de datos, como monumentos, cosmogonías, jeroglíficos é instituciones comunes al Asia y América, sin que esto sea decir que no pudieron también los habitantes de Europa y Africa occidental dar su contingente á la poblacion americana. Véase sobre todo á Rausch, *Estudios antropológicos*, Augsburgo, 1868; Wuttke, *Historia del paganismo*, y Hettinger *Apologia del cristianismo*, de quien hemos tomado casi todos los datos que preceden.



bien merece estudiarse el libro I de Cantú, donde se ponen á contribucion los mejores libros, datos y conocimientos de su tiempo, que en nada sustancial han perdido interés ni verdad; y el excelente libro de Luken, *Las tradiciones del linaje humano*, tradiciones de tal uniformidad, que bien equivalen á una demostracion de nuestra tesis, aunque todavia la ciencia esté muy lejos de poder determinar cómo, cuándo y por quién fué poblado cada pais. Pero el conjunto de los estudios, todos antropológicos, más serios y formales, apenas permite dudar al que

no esté prevenido por ideas materialistas y anticristianas, de la identidad primitiva de la especie humana, propagada toda de la primera pareja criada por Dios, y que, pasando por numerosas y grandes catástrofes religiosas, históricas y cósmicas, todavia puede reconocerse, y se reconocerá con más evidencia en lo porvenir, como una gran familia de hermanos, nunca abandonados del todo por la paternal Providencia de Dios, cuyos planes ha venido cumpliendo, aun sin saberlo, á través de las vicisitudes de los siglos.

Los pueblos de la América y Australia han conservado las tradiciones de sus mayores, y en ellas se ve el origen de las razas. Sabido es que los nomades llegaron al Norte de América, atravesando las costas de la India y Oceanía.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Los pueblos de la América y Australia han conservado las tradiciones de sus mayores, y en ellas se ve el origen de las razas. Sabido es que los nomades llegaron al Norte de América, atravesando las costas de la India y Oceanía. Los pueblos de la América y Australia han conservado las tradiciones de sus mayores, y en ellas se ve el origen de las razas. Sabido es que los nomades llegaron al Norte de América, atravesando las costas de la India y Oceanía.

Los pueblos de la América y Australia han conservado las tradiciones de sus mayores, y en ellas se ve el origen de las razas. Sabido es que los nomades llegaron al Norte de América, atravesando las costas de la India y Oceanía.

Los pueblos de la América y Australia han conservado las tradiciones de sus mayores, y en ellas se ve el origen de las razas. Sabido es que los nomades llegaron al Norte de América, atravesando las costas de la India y Oceanía.

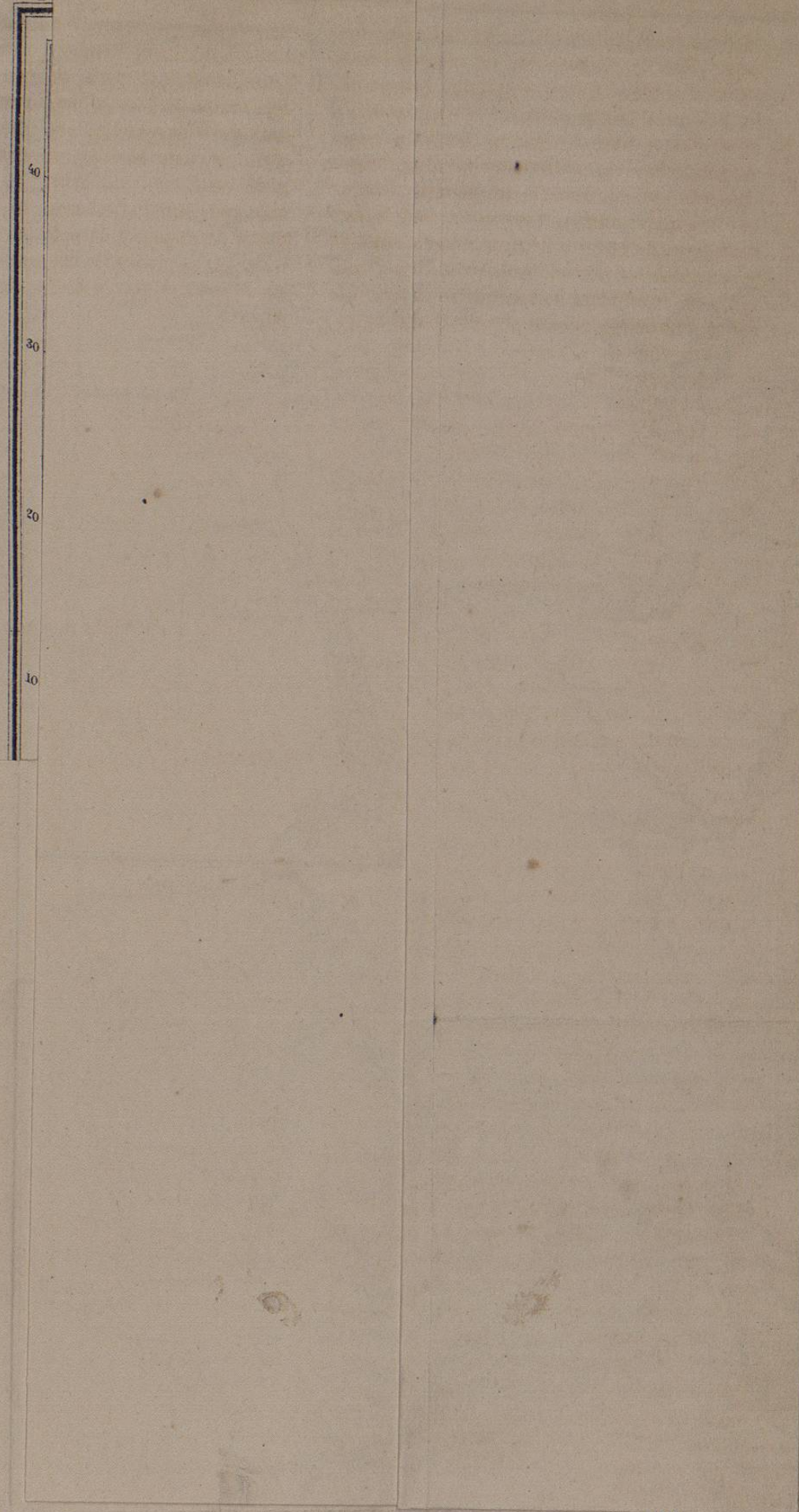
Los pueblos de la América y Australia han conservado las tradiciones de sus mayores, y en ellas se ve el origen de las razas. Sabido es que los nomades llegaron al Norte de América, atravesando las costas de la India y Oceanía.

Los pueblos de la América y Australia han conservado las tradiciones de sus mayores, y en ellas se ve el origen de las razas. Sabido es que los nomades llegaron al Norte de América, atravesando las costas de la India y Oceanía.

Los pueblos de la América y Australia han conservado las tradiciones de sus mayores, y en ellas se ve el origen de las razas. Sabido es que los nomades llegaron al Norte de América, atravesando las costas de la India y Oceanía.

Los pueblos de la América y Australia han conservado las tradiciones de sus mayores, y en ellas se ve el origen de las razas. Sabido es que los nomades llegaron al Norte de América, atravesando las costas de la India y Oceanía.

Map



Adm
Ar
Afric
Agar.
Agar e
por

